



Dana Hart

**M
I
N
N
E
R
A**

Los hombres tienen un olor específico. Entre la mezcla de los desodorantes que les venden, las hormonas y las axilas y patas. Tienen un olor específico. Cuando era más chica me gustaba, iba al supermercado y apretaba un poquito de spray en mi muñeca, para quedar impregnada. Me olía después, a cada rato. Desde hace unos años me ocurre que, sin ponerme desodorante alguno, huelo a

hombre. Ese olor a habitación de soltero, a su almohada, al polerón que te prestó un domingo, luego del baile. Para mucha gente debe ser un olor feo, fuerte, lo contrario a las flores. Para otras es olor a macho, olor a hombre. Por alguna razón mi cuerpo ha ido incorporando esos olor, me salen desde adentro, como si ahora yo fuera mi propio hombre. El padre, el marido, el novio, el amante. De alguna

manera, los he incorporado a todos, como una apropiación ilícita. Abro los frascos con una cuchara, me lo enseñó mi mamá a los ocho años. No se necesita la fuerza de Sansón o Hércules para eso. En las manos tengo olor a soldadura, todo el tiempo, como si una esquirola se hubiese quedado adentro mío para siempre.

Cuando me preguntan en qué trabajo, la gente se sorprende. Creen que el minero es un viejo, carcomido, que camina encorvado y ocupa una pala y una picota desde que se despierta, hasta que se va a dormir. Deben imaginárselo hasta encadenado, todo sucio. Pero en estos tiempos contratan a muchas mujeres, sobre todo para manejar la maquinaria pesada. Aparentemente somos muy precisas con el joystick.

No, no, las cosas cambian. Es claro que no soy Pedro Picapiedras. Aunque las condiciones en varios puntos, no han cambiado tanto. Liquidaciones recortadas. Deudas. Mucha deuda. Aquí todo el mundo tiene deuda, varias. Bancos varios. Es un nuevo sistema de fichas, con una nueva tarjeta, que más encima, es más barata. Casa no pude comprar, han existido planes y cuestiones para

contratistas, pero yo aun vivo arrendando, una casita que fue entregada a las viudas de la tragedia del humo, donde decenas de obreros murieron apretando las uñas. Todavía hay riesgo de accidente en varios túneles. Pero de conjunto podría decirse que ya no existen los clichés. Tomo clases de ópera, por ejemplo, asisto una clase si y otra no, una si y otra no, por mis turnos. Me gusta la ópera. Mi abuela era soprano,

así que supongo que soy también, un poco soprano. Cuando digo que soy minera y soprano, no entienden, siempre, diez de cada diez veces, sueltan una carcajada, como si fuera un hecho ridículo. Minera y soprano, sí. Claro que no sería muy conveniente que yo me pusiera a cantar en pleno túnel, eso sí sería una locura. Un solo agudo y la tierra podría ponerse a rugir. Ese es el miedo principal aquí, el nuevo león,

que la tierra se los trague. Pero como escribía mi maestra en la pizarra:

"En la oscuridad de la mina, solo tu luz brillará".

* Ilustración de la Tapa de Internet



Dana Hart

www.danahartescritora.com